

Desplegaban sus labios en razones,
Ricas en suavidad, pobres en ciencia.
Levantaban al cielo sus blasones,
Que estaban por ser pocos ó ningunos,
Escritos del olvido en los borrones.
Al dulce murmurar, al oportuno
Razonar de las dos, la del asiento,
Que en belleza jamas le igualó alguno,
Luego se puso en pié, y en un momento
Me pareció que dió con la cabeza
Mas allá de las nubes, y no miento:
Y no perdió por esto su belleza,
Antes mientras mas grande, se mostraba
Igual su perfeccion á su grandeza:
Los brazos de tal modo dilatada,
Que de do nace adonde muere el día
Los opuestos extremos alcanzaba.
La enfermedad llamada hidropesía
Así le hincha el vientre, que parece
Que todo el mar caber en él podía.
Al modo destas partes así crece
Toda su compostura; y no por esto,
Cual dije, su hermosura desfallece.
Yo atónito esperaba ver el resto
De tan grande prodigio, y diera un dedo
Por saber la verdad segura, y presto.
Uno, y no sabré quien, bien claro y quedo
Al oído me habló, y me dijo:— Espera,
Que yo decirte lo que quieres puedo.
Esta que ves, que crece de manera,
Que apenas tiene ya lugar do quepa,
Y aspira en la grandeza á ser primera;
Esta que por las nubes sube y trepa
Hasta llegar al cerco de la luna
(Puesto que el modo de subir no sepa),
Es la que confiada en su fortuna
Piensa tener de la inconstante rueda
El eje quedo y sin mudanza alguna.
Esta que no halla mal que le suceda,
Ni le teme atrevida y arrogante,
Pródiga siempre, venturosa y leda,
Es la que con disinio extravagante
Dió en crecer poco á poco hasta ponerse,
Cual ves, en estatura de gigante.
No deja de crecer por no atreverse
A emprender las hazañas mas notables,
Adonde puedan sus extremos verse.
¿No has oido decir los memorables
Arcos, anfiteatros, templos, baños,
Termas, pórticos, muros admirables,
Que á pesar y despecho de los años,
Aun duran sus reliquias y entereza,
Haciendo al tiempo y á la muerte engaños?
Yo respondí:— Por mí ninguna pieza
Desas que has dicho, dejo de tenella
Clavada y remachada en la cabeza.
Tengo el sepulcro de la viuda bella,
Y el coloso de Ródas allí junto,
Y la lanterna que sirvió de estrella.
Pero vengamos de quien es al punto
Esta, que lo deseo.— Haráse luego,—
Me respondió la voz en bajo punto.
Y prosiguió, diciendo:— A no estar ciego
Hubieras visto ya quien es la dama;
Pero en fin, tienes el ingenio lego.
Esta que hasta los cielos se encarama,
Preñada, sin saber cómo, del viento,
Es hija del Deseo y de la Fama.
Esta fué la ocasion y el instrumento
En todo y parte de que el mundo viese
No siete maravillas, sino ciento.
Corto número es ciento: aunque dijese
Cien mil y mas millones, no imagines
Que en la cuenta del número excediese.
Esta condujo á memorables fines
Edificios que asientan en la tierra,
Y tocan de las nubes los confines.
Esta tal vez ha levantado guerra,
Donde la paz suave reposaba,
Que en limites estrechos no se encierra.
Cuando Mucio en las llamas abrasaba
El atrevido fuerte brazo y fiero,

Esta el incendio horrible resfriaba.
Esta arrojó al romano caballero
En el abismo de la ardiente cueva,
De limpio armado, y de luciente acero.
Esta tal vez con maravilla nueva
(De su ambiciosa condicion llevada)
Mil imposibles atrevida prueba.
Desde la ardiente Libia hasta la helada
Citiá lleva la fama su memoria,
En grandiosas obras dilatada.
En fin, ella es la altiva Vanagloria,
Que en aquellas hazañas se entremete,
Que llevan de los siglos la vitoria.
Ella misma á sí misma se promete
Triunfos y gustos, sin tener asida
A la calva Ocasión por el copete.
Su natural sustento, su bebida,
Es aire, y así crece en un instante
Tanto, que no hay medida á su medida.
Aquellas dos del plácido semblante
Que tiene á sus dos lados, son aquellas
Que sirven á la máquina de Atlante.
Su delicada voz, sus luces bellas,
Su humildad aparente, y las lozanas
Razones, que el amor se cifra en ellas,
Las hacen mas divinas que no humanas,
Y son (con paz escucha y con paciencia)
La Adulacion y la Mentira hermanas.
Estas están continuo en su presencia,
Palabras ministrándole al oído,
Que tienen de prudentes apariencia.
Y ella cual ciega del mejor sentido,
No ve que entre las flores de aquel gusto,
El áspid ponzoñoso está escondido.
Y así arrojada con deseo injusto,
En cristalino vaso prueba y bebe
El veneno mortal, sin ningún susto.
Quien mas presume de advertido, pruebe
A dejarse adular, verá cuán presto
Pasa su gloria como el viento leve.—
Esto escuché, y en escuchando aquesto,
Dió un estampido tal la Gloria vana,
Que dió á mi sueño fin dulce y molesto.
Y en esto descubrióse la mañana,
Vertiendo perlas y esparciendo flores,
Lozana en vista, y en virtud lozana.
Los dulces pequeñuelos ruisenores
Con cantos no aprendidos le decian,
Enamorados della, mil amores.
Los silgueros el canto repetian,
Y las diestras calandrias entonaban
La música que todos componian.
Unos del escuadron priesa se daban,
Porque no los hallase el dios del día
En los forzosos actos en que estaban.
Y luego se asomó su señoría,
Con una cara de tudesco roja,
Por los balcones de la aurora fria.
En parte gorda, en parte flaca y floja,
Como quien teme el esperado trance,
Donde verse vencido se le antoja.
En propio toledano y buen romance
Les dió los buenos dias cortesmente,
Y luego se aprestó al forzoso lance.
Y encima de un peñasco puesto enfrente
Del escuadron, con voz sonora y grave
Esta oracion les hizo de repente:
— ¡Oh espíritus felices, donde cabe
La gala del decir, la sutileza
De la ciencia mas docta que se sabe;
Donde en su propia natural belleza
Asiste la hermosa poesía
Entera de los piés á la cabeza!
No consintais por vida vuestra y mia
(Mirad con qué llaneza Apolo os habla),
Que triunfe esta canalla que porfia.
Esta canalla, digo, que se endiaba,
Que por darles calor su muchedumbre,
Ya su ruina, ó ya la nuestra entabla.
Vosotros de mis ojos gloria y lumbré,
Faroles do mi luz de asiento mora,
Ya por naturaleza, ó por costumbre

¿Habeis de consentir que esta embaidora,
Hipócrita gentalla se me atreva,
De tantas necedades inventora?
Haced famosa y memorable prueba
De vuestro gran valor en este hecho,
Que á su castigo y vuestra gloria os lleva.
De justa indignacion armad el pecho,
Acometed intrépidos la turba,
Ociosa, vagamunda y sin provecho.
No se os dé nada, no se os dé una burba
(Moneda berberisca, vil y baja)
De aquesta gente, que la paz nos turba.
El son de mas de una templada caja,
Y el del pifaro triste y la trompeta,
Que la colera sube, y flema abaja,
Así os incite con virtud secreta,
Que despierte los ánimos dormidos
En la facion que tanto nos aprieta.
Ya retumba, ya llega á mis oídos
Del escuadron contrario el rumor grande,
Formado de confusos alaridos.
Ya es menester, sin que os lo ruegue ó mande,
Que cada cual como guerrero experto,
Sin que por su capricho se desmande;
La órden guarde y militar concierto,
Y acuda á su deber como valiente
Hasta quedar, ó vencedor, ó muerto.
En esto por la parte de poniente
Pareció el escuadron casi infinito
De la bárbara, ciega y pobre gente.
Alzan los nuestros al momento un grito
Alegre, y no medroso; y gritan, arma:
Arma resuena todo aquel distrito;
Y aunque mueran, correr quieren al arma.

CAPITULO VII.

Tú, beligerá musa, tú, que tienes
La voz de bronce y de metal la lengua,
Cuando á cantar del fiero Marte vienes:
Tú, por quien se aniquila siempre y mengua
El gran género humano: tú, que puedes
Sacar mi pluma de ignorancia y mengua:
Tú, mano rota, y larga de mercedes,
Digo en hacellas; una aquí te pido,
Que no hará que ménos rica quedes.
La soberbia y maldad, el atrevido
Intento de una gente mal mirada
Ya se descubre con mortal ruido.
Dame una voz al caso acomodada,
Una sutil y bien cortada pluma,
No de aficion ni de pasión llevada,
Para que pueda referir en suma
Con purísimo y nuevo sentimiento,
Con verdad clara y entereza suma,
El contrapuesto y desigual intento
De uno y otro escuadron, que ardiendo en ira,
Sus banderas descoge al vago viento.
El del bando católico, que mira
Al falso y grande al pié del monte puesto,
Que de subir al alta cumbre aspira;
Con paso largo y ademán compuesto,
Todo el monte coronan, y se ponen
A la furia, que en loca ha echado el resto.
Las ventajas tantean, y disponen
Los ánimos valientes al asalto,
En quien su gloria y su venganza ponen.
De rabia lleno y de paciencia falto
Apolo, su bellissimo estandarte
Mandó al momento levantar en alto.
Arboló un marques, que el propio Marte
Su briosa presencia representa
Naturalmente, sin industria y arte.
Poeta celebrísimo y de cuenta,
Por quien y en quien Apolo soberano
Su gloria y gusto, y su valor aumenta.
Era la insinia un cisne hermoso y cano,
Tan al vivo pintado, que dijeras,
La voz despidie alegre al aire vano;
Siguen al estandarte sus banderas
De gallardos alféreces llevadas,
Honrosas por no estar todas enteras;
Las cajas á lo bélico templadas

Al milite mas tardo vuelven presto,
De voces de metal acompañadas.
JERÓNIMO DE MONA llegó en esto,
Pintor excelentísimo y poeta,
Apéles y Virgilio en un supuesto.
Y con la autoridad de una jineta
(Que de ser capitán le daba nombre)
Al caso acude y á la turba aprieta.
Y porque mas se turbe y mas se asombre
El enemigo desigual y fiero,
Llegó el gran BIEDMA de inmortal renombre.
Y con él GASPARD DE AVILA, primero
Secuaz de Apolo, á cuyo verso y pluma
Iciar puede envidiar, temer Sincero.
Llegó JUAN DE MEZTANZA, cifra y suma
De tanta erudicion, donaire y gala,
Que no hay muerte ni edad que la consuma.
Apolo le arrancó de Guatimala,
Y le trujo en su ayuda para ofensa
De la canalla en todo extremo mala.
Hacer milagros en el trance piensa
CEPEDA, y acompañale MEJIA,
Poetas dinos de alabanza inmensa.
Clarísimo esplendor de Andalucia,
Y de la Mancha el sin igual GALINDO
Llegó con majestad y bizarría.
De la alta cumbre del famoso Pindo
Bajaron tres bizarros lusitanos,
A quien mis alabanzas todas rindo.
Con prestos piés y con valientes manos
CON FERNANDO CORREA DE LA CERDA,
Pisó RODRIGUEZ LOBO monte y llanos.
Y porque Febo su razon no pierda,
El grande DON ANTONIO DE ATAIDE
Llegó con furia alborotada y cuerda.
Las fuerzas del contrario ajusta y mide
Con las suyas Apolo, y determina
Dar la batalla, y la batalla pide.
El ronco son de mas de una bocina,
Instrumento de caza y de la guerra,
De Febo á los oídos se avecina.
Tiembra debajo de los piés la tierra
De infinitos poetas oprimida,
Que dan asalto á la sagrada sierra.
El fiero general de la atrevida
Gente, que trae un cuervo en su estandarte,
ES ARBOLANCHES, muso por la vida.
Puestos estaban en la baja parte,
Y en la cima del monte frente á frente
Los campos de quien tiembra el mismo Marte:
Cuando una, al parecer discreta gente,
Del católico bando al enemigo
Se pasó, como en número de veinte.
Yo con los ojos su carrera sigo,
Y viendo el paradero de su intento,
Con voz turbada al sacro Apolo digo:
— ¿Qué prodigio es aqueste? ¿Qué portento?
O por mejor decir, ¿qué mal agüero,
Que así me corta el brio y el aliento?
Aquel transfuga que partió primero,
No solo por poeta le tenia,
Pero tambien por bravo churrullero.
Aquel lijero que tras él corria,
En mil corrillos en Madrid le he visto
Tiernamente hablar en la poesía.
Aquel tercero que partió tan listo,
Por satírico, necio y por pesado
Sé que de todos fué siempre malquisto.
No puedo imaginar cómo ha llevado
Mercurio estos poetas en su lista.
— Yo fui, respondió Apolo, el engañado;
Que de su ingenio la primera vista
Indicios descubrió que serian buenos
Para facilitar esta conquista.
— Señor, repliqué yo, créi que ajenos
Eran de las deidades los engaños,
Digo, engañarse en poco mas ni ménos.—
La prudencia que nace de los años,
Y tiene por maestra la experiencia,
Es la deidad que advierte destes daños.
Apolo respondió:— Por mi conciencia,
Que no te entiendo,— algo turbado y triste

Por ver de aquellos veinte la insolencia,
 Tú, sardo militar, LOFRASO, fuiste
 Uno de aquellos bárbaros corrientes,
 Que del contrario el número creciste.
 Mas no por esta mengua los valientes
 Del escuadron católico temieron,
 Poetas madrigados y excelentes.
 Antes tanto coraje concibieron
 Contra los fugitivos corredores,
 Que riza en ellos y matanza hicieron,
 ¡Oh falsos y malditos trovadores,
 Que pasais plaza de poetas sabios,
 Siendo la hez de los que son peores!
 Entre la lengua, paladar y labios
 Anda continuo vuestra poesía,
 Haciendo á la virtud cien mil agravios.
 Poetas de atrevida hipocresía,
 Esperad, que de vuestro acabamiento
 Ya se ha llegado el temeroso día.
 De las confusas voces el contento
 Confuso por el aire resonaba
 De espesas nubes condensando el viento.
 Por la falda del monte gateaba
 Una tropa poética, aspirando
 A la cumbre, que bien guardada estaba.
 Hacian hincapié de cuando en cuando,
 Y con hondas de estallo y con ballestas
 Iban libros enteros disparando.
 No del plomo encendido las funestas
 Balas pudieran ser dañosas tanto,
 Ni al disparar pudieran ser mas prestas.
 Un libro mucho mas duro que un canto
 A JUSEPE DE VARGAS dió en las sienas,
 Causándole terror, grima y espanto.
 Gritó, y dijo á un soneto: —Tú, que vienes
 De satírica pluma disparado,
 ¿Por qué el infame curso no detienes? —
 Y cual perro con piedras irritado,
 Que deja al que las tira, y va tras ellas,
 Cual si fueran la causa del pecado,
 Entre los dedos de sus manos bellas
 Hizo pedazos al soneto altivo,
 Que amenazaba al sol y á las estrellas.
 Y díjole Cilenio: — Ó rayo vivo
 Donde la justa indignacion se muestra
 En un grado y valor superlativo,
 La espada toma en la temida diestra,
 Y arrójate valiente y temerario
 Por esta parte, que el peligro adiestra.
 En esto del tamaño de un breviario
 Volando un libro por el aire vino,
 De prosa y verso que arrojó el contrario.
 De verso y prosa el puro desatino
 Nos dió á entender que de ARBOLÁNCHES eran
 Las Avidas pesadas de continuo.
 Unas rimas llegaron, que pudieran
 Desbaratar el escuadron cristiano,
 Si acaso vez segunda se imprimieran.
 Dióle á Mercurio en la derecha mano
 Una sátira antigua licenciosa,
 De estilo agudo, pero no muy sano.
 De una intrincada y mal compuesta prosa,
 De un asunto sin jugo y sin donaire,
 Cuatro novelas disparó PEDROSA.
 Silbando recio, y desgarrando el aire,
 Otro libro llegó de rimas solas
 Hechas al parecer como al desgaire.
 Viólas Apolo, y dijo, cuando viólas:
 — Dios perdone á su autor, y á mi me guarde
 De algunas rimas sueltas españolas. —
 Llegó el PASTOR DE IBERIA, aunque algo tarde,
 Y derribó catorce de los nuestros,
 Haciendo de su ingenio y fuerza alarde.
 Pero dos valerosos, dos maestros,
 Dos lumbreras de Apolo, dos soldados,
 Únicos en hablar, y en obrar diestros;
 Del monte puestos en opuestos lados
 Tanto apretaron á la turba multa,
 Que volvieron atras los encumbrados.
 Es GREGORIO DE ANGULO el que sepulta
 La canalla, y con él PEDRO DE SORO,
 De prodigioso ingenio y vena culta.

Doctor aquel, estroto único y doto
 Licenciado, de Apolo ambos secuaces,
 Con raras obras y ánimo devoto.
 Las dos contrarias indignadas haces
 Ya miden las espadas, ya se cierran
 Duras en su tesón y pertinaces.
 Con los dientes se muerden, y se aferran
 Con las garras, las fieras imitando;
 Que toda piedad de sí destierran.
 Haldeando venia y trasudando
 El autor de *La Pícaro Justina*,
 Capellán lego del contrario bando.
 Y cual si fuera de una culebrina
 Disparó de sus manos su librazo,
 Que fué de nuestro campo la ruina.
 Al buen TOMAS GRACIAN mancó de un brazo,
 A MEDINILLA derribó una muela,
 Y le llevó de un muslo un gran pedazo.
 Una despierta nuestra centinela
 Gritó: — Todos abajen la cabeza,
 Que dispara el contrario otra novela. —
 Dos pelearon una larga pieza,
 Y el uno al otro con instancia loca
 De un envión, con arte y con destreza,
 Seis seguidillas le encajó en la boca,
 Con que le hizo vomitar el alma,
 Que salió libre de su estrecha roca.
 De la furia el ardor, del sol la calma
 Tenia en duda de una y otra parte
 La vencedora y pretendida palma.
 Del cuervo en esto el lóbreco estandarte
 Cede al del cisne, porque vino al suelo
 Pasado el corazón de parte á parte.
 Su alférez, que era un andaluz mozueto,
 Trovador repentista, que subia
 Con la soberbia mas allá del cielo,
 Helósele la sangre que tenia,
 Murióse cuando vió que muerto estaba,
 La turba, pertinaz en su porfia.
 Puesto que ausente el gran LUPERCIO estaba
 Con un solo soneto suyo hizo
 Lo que de su grandeza se esperaba.
 Descuadernó, desencajó, deshizo
 Del opuesto escuadron catorce hileras,
 Dos criollos mató, hirió un mestizo.
 De sus sabrosas burlas y sus véras
 El magno cordobes, un cartapacio
 Disparó, y aterró cuatro banderas.
 Daba ya indicios de cansado y lacio
 El brio de la bárbara canalla,
 Peleando mas flojo y mas despacio.
 Mas renovóse la fatal batalla
 Mezclándose los unos con los otros,
 Ni vale arnes, ni presta dura malla.
 Cinco melifluous sobre cinco potros
 Llegaron, y embistieron por un lado,
 Y lleváronse cinco de nosotros.
 Cada cual como moro ataviado,
 Con mas letras y cifras que una carta
 De príncipe enemigo y recatado,
 De romances moriscos una sarta,
 Cual si fuera de balas enramadas,
 Llegó con furia y con malicia harta.
 Y á no estar dos escuadras avisadas
 De las nuestras del recio tiro y presto,
 Era fuerza quedar desbaratadas.
 Quiso Apolo indignado echar el resto
 De su poder y de su fuerza sola,
 Y dar al enemigo fin molesto.
 Y una sacra cancion, donde acrisola
 Su ingenio, gala, estilo y bizarría
 BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA,
 Cual si fuera un petrarre Apolo envía
 Adonde está el tesón mas apretado,
 Mas dura y mas furiosa la porfia.
 Cuando me paro á contemplar mi estado,
 Comienza la cancion, que Apolo pone
 En el lugar mas noble y levantado.
 Todo lo mira, todo lo dispone
 Con ojos de Argos, manda, quita y veda,
 Y del contrario á todo ardid se opone.
 Tan mezclados están, que no hay quien pueda

Discernir cuál es malo, ó cuál es bueno,
 Cuál es GARCILASISTA ó TIMONEDA.
 Pero un mancebo de ignorancia ajeno,
 Grande escudriñador de toda historia,
 Rayo en la pluma y en la voz un trueno,
 Llegó tan rica el alma de memoria,
 De sana voluntad y entendimiento,
 Que fué de Febo y de las musas gloria.
 Con este aceleróse el vencimiento,
 Porque supo decir: Este merece
 Gloria, pero aquel no, sino tormento.
 Y como ya con distincion parece
 El justo y el injusto combatiente,
 El gusto al paso de la pena crece.
 Tú, PEDRO MANTUANO el excelente,
 Fuiste quien distinguió de la confusa
 Máquina el que es cobarde del valiente.
 JULIAN DE ALMENDARIZ no rehusa,
 Puesto que llegó tarde, en dar socorro
 Al rubio Delio con su ilustre musa.
 Por las rucias que peino, que me corro
 De ver que las comedias endiabladas,
 Por divinas se pongan en el corro.
 Y á pesar de las limpias y atildadas
 Del cómico mejor de nuestra Hesperia,
 Quieren ser conocidas y pagadas.
 Mas no ganaron mucho en esta feria,
 Porque es discreto el vulgo de la corte,
 Aunque le toca la comun miseria.
 De llano no le déis, dadle de corte,
 Estancias Polífemas, al poeta
 Que no os tuviere por su guia y norte.
 Inimitables sois, y á la discreta
 Gala que descubris en lo escondido,
 Toda elegancia puede estar sujeta.
 Con estas municiones el partido
 Nuestro se mejoró de tal manera,
 Que el contrario se tuvo por vencido.
 Cayó su presuncion soberbia y fiera,
 Derrumbábase del monte abajo cuantos
 Presumieron subir por la ladera.
 La voz prolija de sus roncós cantos
 El mal suceso con rigor la vuelve
 En interrotos y funestos llantos.
 Tal hubo, que cayendo se resuelve
 De asirse de una zarza, ó cabrabiago,
 Y en llanto, á lo de Ovidio, se disuelve.
 Cuatro se arracimaron á un quejigo
 Como enjambre de abejas desmandada,
 Y le estimaron por el lauro amigo.
 Otra cuadrilla virgen, por la espada,
 Y adúltera de lengua, dió la cura
 A sus piés de su vida almidonada.
 BARTOLOMÉ llamado de SEGURA
 El toque casi fué del vencimiento:
 Tal es su ingenio, y tal es su cordura.
 Resonó en esto por el vago viento
 La voz de la vitoria repetida
 Del número escogido en claro acento.
 La miserable, la fatal caída
 De las musas del limpio tagarete
 Fué largos siglos con dolor plañida.
 A la parte del llanto (¡ay me!) se meto
 Zapardiel, famoso por su pesca,
 Sin que un pequeño instante se quiete.
 La voz de la vitoria se refresca,
 Vitoria suena aquí, y allí vitoria,
 Adquirida por nuestra soldadesca,
 Que canta alegre la alcanzada gloria.

CAPITULO VIII.

Al caer de la máquina excesiva
 Del escuadron poético arrogante
 Que en su no vista muchedumbre estriba:
 Un poeta, mancebo y estudiante,
 Dijo: — Cal, paciencia; que algun día
 Será la nuestra, mi valor mediante.
 De nuevo afilaré la espada mia,
 Digo mi pluma, y cortaré de suerte
 Que dé nueva excelencia á la porfia.
 Que ofrece la comedia, si se advierte,
 Largo campo al ingenio, donde pueda

Librar su nombre del olvido y muerte.
 Fué desto ejemplo JUAN DE TIMONEDA,
 Que con solo imprimir, se hizo eterno,
 Las comedias del gran LOPE DE RUEDA.
 Cinco vuelcos daré en el propio infierno
 Por hacer recitar una que tengo
 Nombrada: *El gran Bastardo de Salerno*.
 Guarda, Apolo, que baja guarde rengo
 El golpe de la mano mas gallarda
 Que ha visto el tiempo en su discurso luengo. —
 En esto el claro son de una bastarda,
 Alas pone en los piés de la vencida
 Gente del mundo perezosa y tarda.
 Con la esperanza del vencer perdida,
 No hay quien no atienda con lijero paso,
 Si no á la honra, á conservar la vida.
 Desde las altas cumbres de Parnaso
 De un salto uno se puso en Guadarrama,
 Nuevo, no visto y verdadero caso.
 Y al mismo paso la parlara fama
 Cundió del vencimiento la alta nueva,
 Desde el claro Caistro hasta Jarama.
 Loró la gran vitoria el turbio Esgueva,
 Pisuergera la rió, rióla Tajo,
 Que en vez de arena granos de oro lleva.
 Del cansancio, del polvo y del trabajo
 Las rubicundas hebras de Timbreo,
 Del color se pararon de oro bajo.
 Pero viendo cumplido su deseo,
 Al son de la guitarra mercuriesca
 Hizo de la gallarda un gran paseo.
 Y de Castalia en la corriente fresca
 El rostro se lavó, y quedó luciente
 Como de acero la segur turquesca.
 Pulióse luego, y adornó su frente
 De majestad mezclada con dulzura,
 Indicios claros del placer que siente.
 Las reinas de la humana hermosura
 Salieron de do estaban retiradas
 Mientras duraba la contienda dura:
 Del árbol siempre verde coronadas,
 Y en medio la divina Poesía,
 Todas de nuevas galas adornadas.
 Melpómene, Tersicore y Talía,
 Polimnia, Urania, Erato, Euterpe y Clío,
 Y Caliope, hermosa en demasia,
 Muestran ufanas su destreza y brio,
 Tejiendo una entricada y nueva danza
 Al dulce son de un instrumento mio.
 Mio, no dije bien, menti á la usanza
 De aquel que dice propios los ajenos
 Versos, que son mas dinos de alabanza.
 Los anchos prados, y los campos llenos
 Están de las escuadras vencedoras
 (Que siempre van á mas, y nunca á ménos):
 Esperando de ver de sus mejoras
 El colmo con los premios merecidos
 Por el sudor y aprieto de seis horas.
 Piensan ser los llamados escogidos,
 Todos á premios de grandeza aspiran,
 Tiénense en mas de lo que son tenidos:
 Ni á calidades ni riquezas miran,
 A su ingenio se atiende cada uno,
 Y si hay cuatro que acierten, mil deliran.
 Mas Febo, que no quiere que ninguno
 Quede quejoso dél, mandó á la Aurora
 Que vaya y coja *in tempore oportuno*
 De las faldas floríferas de Flora
 Cuatro tabaques de purpúreas rosas,
 Y seis de perlas de las que ella lora.
 Y de las nueve por extremo hermosas
 Las coronas pidió, y al darlas ellas
 En nada se mostraron perezosas.
 Tres, á mi parecer, de las mas bellas
 A Parténope sé que se enviaron,
 Y fué Mercurio el que partió con ellas.
 Tres sugetos las otras coronaron,
 Allí en el mesmo monte peregrinos,
 Con que su patria y nombre eternizaron.
 Tres cupieron á España, y tres divinos
 Poetas se adornaron la cabeza,
 De tanta gloria justamente dinos.

La envidia monstruo de naturaleza
Maldita y carcomida, ardiendo en saña
A murmurar del sacro don empieza.
Dijo: — ¿Será posible que en España
Haya nueve poetas laureados?
Alta es de Apolo, pero simple hazaña.—
Los demas de la turba, defraudados
Del esperado premio, repetían
Los himnos de la envidia mal cantados.
Todos por laureados se tenían
En su imaginación, antes del trance,
Y al cielo quejas de su agravio envían.
Pero ciertos poetas de romance,
Del generoso premio hacer esperan
A despecho de Febo presto alcance.
Otros, aunque latinos, desesperan
De tocar del laurel solo una hoja,
Aunque del caso en la demanda mueran.
Véngase menos el que mas se enoja,
Y alguno se tocó sienas y frente,
Que de estar coronado se le antoja.
Pero todo deseo impertinente
Apolo repartió, premiando á cuantos
Poetas tuvo el escudron valiente.
De rosas, de jazmines y amarantos
Flora le presentó cinco cestones,
Y la Aurora de perlas otros tantos.
Estos fueron, lector dulce, los dones
Que Delio repartió con larga mano
Entre los poetisimos varones.
Quedando alegre cada cual y ufano
Con un puño de perlas y una rosa,
Estimando este premio sobrehumano;
Y porque fuese mas maravillosa
La fiesta y regocijo, que se hacia
Por la victoria insigne y prodigiosa,
La buena, la importante Poesia
Mandó traer la bestia, cuya pata
Abrió la fuente de Castalia fria.
Cubierta de finisima escarlata,
Un lacayo la trujo en un instante,
Tascando un freno de bruñida plata.
Envidiarle pudiera Rocinante
Al gran Pegaso de presencia brava,
Y aun Brilladoro el del señor de Anglante.
Con no sé cuántas alas adornaba
Manos y piés, indicio manifiesto
Que en lijereza al viento aventajaba.
Y por mostrar cuán ágil y cuán presto
Era, se alzó del suelo cuatro picas,
Con un denuedo y ademan compuesto.
Tú, que me escuchas, si el oído aplicas
Al dulce cuento deste gran Viaje,
Cosas nuevas oírás de gusto ricas.
Era del bel troton todo el herraje
De durísima plata diamantina,
Que no recibe del pisar ultraje.
De la color que llaman columbina,
De raso en una funda trae la cola,
Que suelta, con el suelo se avecina.
Del color del carmin ó de amapola
Eran sus clinas, y su cola gruesa,
Ellas solas al mundo, y ella sola.
Tal vez anda despacio, y tal apriesa,
Vuela tal vez, y tal hace corvetas,
Tal quiere relinchar, y luego cesa.
¡ Nueva felicidad de los poetas!
Unos sus excrementos recogían
En dos de cuero grandes barjuletas.
Pregunté para qué lo tal hacían,
Respondióme Cilenio á lo bellaco,
Con no sé qué vislumbres de ironía:
— Esto que se recoge, es el tabaco,
Que á los vaguidos sirve de cabeza
De algun poeta de cerebro flaco.
Urania de tal modo lo adereza,
Que puesto á las narices del doliente,
Cobra salud, y vuelve á su entereza.—
Un poco entónces arrugué la frente,
Ascós haciendo del remedio extraño,
Tan de los ordinarios diferente.
— Recibes, dijo Apolo, amigo, engaño

(Beyóme el pensamiento). Este remedio
De los vaguidos cura y sana el daño.
No come este rocío lo que en asedio
Duro y penoso comen los soldados,
Que están entre la muerte y hambre en medio.
Son deste tal los piensos regalados,
Ambar y almizcle entre algodones puesto,
Y bebe del rocío de los prados.
Tal vez le damos de almidon un cesto,
Tal de algarrobas con que el vientre llena,
Y no se estríñe, ni se va por esto.
— Sea, le respondi, muy norabuena,
Tieso estoy de cerebro por ahora,
Vaguido alguno no me causa pena.—
La nuestra en esto universal señora,
Digo la Poesia verdadera,
Que con Timbreo y con las musas mora,
En vestido subcinto, á la lijera
El monte discurrió y abrazó á todos,
Hermosa sobre modo, y placentera.
— ¡ Oh sangre vencedora de los godos!
Dijo: de aquí adelante ser tratada
Con mas suaves y discretos modos
Espero ser, y siempre respetada
Del ignorante vulgo, que no alcanza,
Que puesto que soy pobre, soy honrada.
Las riquezas os dejo en esperanza,
Pero no en posesion, premio seguro
Que al reino aspira de la inmensa holganza.
Por la belleza deste monte os juro,
Que quisiera al mas minimo entregalle
Un privilegio de cien mil de juro.
Mas no produce minas este valle,
Aguas sí, salutíferas y buenas,
Y monas que de cisnes tienen talle.
Volved á ver, ó amigos, las arenas
Del aurífero Tajo en paz segura,
Y en dulces horas de pesar ajenas.
Que esta inaudita hazaña os asegura
Eterno nombre en tanto que de Febo
Al mundo aliento, y luz serena y pura.—
¡ Oh maravilla nueva, oh caso nuevo,
Digno de admiracion que cause espanto,
Cuya extrañeza me admiró de nuevo!
Morfeo, el dios del sueño, por encanto
Allí se apareció, cuya corona
Era de ramos de beleño santo.
Flojísimo de brio y de persona,
De la pereza torpe acompañado,
Que no le deja á visperas ni á nona.
Traia al Silencio á su derecho lado,
El Descuido al siniestro, y el vestido
Era de blanda lana fabricado.
De las aguas que llaman del olvido,
Traia un gran caldero, y de un hisopo
Venía como aposta prevenido.
Asia á los poetas por el hopo,
Y aunque el caso los rostros les volvia
En color encendida de piropo,
El nos bañaba con el agua fria,
Causándonos un sueño de tal suerte,
Que dormimos un dia y otro dia.
Tal es la fuerza del licor, tan fuerte
Es de las aguas la virtud, que pueden
Competir con los fueros de la muerte.
Hace el ingenio alguna vez que queden
Las verdades sin crédito ninguno,
Por ver que á toda contingencia exceden.
Al despertar del sueño así importuno,
Ni vi monte, ni monta, dios, ni diosa,
Ni de tanto poeta vide alguno.
Por cierto extraña y nunca vista cosa;
Despabilé la vista, y parecióme
Verme en medio de una ciudad famosa.
Admiracion y grima el caso dióme;
Torné á mirar, porque el temor ó engaño
No de mi buen discurso el paso tome.
Y díjeme á mi mismo: No me engaño:
Esta ciudad es Nápoles la ilustre,
Que yo pisé sus ruas mas de un año:
De Italia gloria, y aun del mundo lustre,
Pues de cuantas ciudades él encierra

Ninguna puede haber que así le ilustre.
Apacible en la paz, dura en la guerra,
Madre de la abundancia y la nobleza,
De eliseos campos y agradable sierra.
Si vaguidos no tengo de cabeza,
Pareceme que está mudada en parte,
De sitio, aunque en aumento de belleza.
¿Qué teatro es aquel, donde reparte
Con él cuanto contiene de hermosura,
La gala, la grandeza, industria y arte?
Sin duda el sueño en mis pálpabras dura,
Porque este es edificio imaginado,
Que excede á toda humana compostura.
Llegóse en esto á mi disimulado
Un mi amigo, llamado Promontorio,
Mancebo en dias, pero gran soldado.
Creció la admiracion viendo notorio
Y palpable que en Nápoles estaba,
Espanto á los pasados acesorio.
Mi amigo tiernamente me abrazaba,
Y con tenerme entre sus brazos, dijo,
Que del estar yo allí mucho dudaba,
Llamóme padre, y yo llaméle hijo,
Quedó con esto la verdad en punto,
Que aquí puede llamarse punto fijo.
Dijome Promontorio: — Yo barrunto,
Padre, que algun gran caso á vuestras canas
Las trae tan lejos ya semidifunto.
— En mis horas tan frescas y tempranas
Esta tierra habité, hijo, le dije,
Con fuerzas mas bríosas y lozanas.
Pero la voluntad que á todos rige,
Digo, el querer del cielo, me ha traído
A parte que me alegra mas que aflige.—
Dijera mas, sino que un gran ruido
De pifanos, clarines y tambores
Me azoró el alma, y alegró el oído;
Volví la vista al son, vi los mayores
Aparatos de fiesta que vió Roma
En sus felices tiempos y mejores.
Dijo mi amigo: — Aquel que ves que asoma
Por aquella montaña contrabecha,
Cuyo brio al de Marte oprime y doma,
Es un alto sugeto, que deshecha
Tiene á la envidia en rabia, porque pisa
De la virtud la senda mas derecha.
De gravedad y condicion tan lisa,
Que suspende y alegra á un mismo instante,
Y con su aviso al mismo aviso avisa.
Mas quiero, antes que pases adelante
En ver lo que verás, si estás atento,
Darte del caso relacion bastante.
Será DON JUAN DE TÁSI de mi cuento
Principio, porque sea memorable,
Y lleguen mis palabras á mi intento.
Este varon, en liberal notable,
Que una mediana villa le hace conde,
Siendo rey en sus obras admirable:
Este, que sus haberes nunca esconde,
Pues siempre los reparte, ó los derrama,
Ya sepa adónde, ó ya no sepa adónde:
Este, á quien tiene tan en fil la fama,
Puesta la alteza de su nombre claro,
Que liberal y pródigo se llama,
Quiso pródigo aquí, y allí no avaro,
Primer mantenedor ser de un torneo,
Que á fiestas sobrehumanas le comparo.
Responden sus grandezas al deseo
Que tiene de mostrarse alegre, viendo
De España y Francia el regio himeneo.
Y este que escuchas, duro, alegre estruendo,
Es señal que el torneo se comienza,
Que admira por lo rico y estupendo.
Arquímides el grande se avergüenza
De ver que este teatro milagroso
Su ingenio apoque, y á sus trazas venza.
Digo pues, que el mancebo generoso,
Que allí descende de encarnado y plata,
Sobre todo mortal curso brioso,
Es el CONDE DE LEMOS, que dilata
Su fama con sus obras por el mundo,
Y que lleguen al cielo en tierra trata:

Y aunque sale el primero, es el segundo
Mantenedor, y en buena cortesia
Esta ventaja califico y fundo.
El DUQUE DE NOCERA, luz y guía
Del arte militar, es el tercero
Mantenedor deste festivo dia.
El cuarto, que pudiera ser primero,
Es DE SANTELMO el fuerte CASTELLANO,
Que al mesmo Marte en el valor prefiero.
El quinto es otro Enéas el troyano,
ARROCILO, que gana en ser valiente
Al que fué verdadero, por la mano.—
El gran concurso y número de gente
Estorbó que adelante prosiguiese
La comenzada relacion prudente.
Por esto le pedí que me pusiese
Adonde sin ningun impedimento
El gran progreso de las fiestas viesse.
Porque luego me vino al pensamiento
De ponerlas en verso numeroso,
Favorecido del febeo aliento.
Hizolo así, y yo vi lo que no oso
Pensar, que no decir, que aquí se acorta
La lengua y el ingenio mas curioso.
Que se pase en silencio es lo que importa,
Y que la admiracion supla esta falta,
El mesmo grandioso caso exhorta.
Puesto que despues supe que con alta
Magnífica elegancia milagrosa,
Donde ni sobra punto ni le falta,
El curioso DON JUAN DE OQUINA en prosa
La puso, y dió á la estampa para gloria
De nuestra edad, por esto venturosa.
Ni en fabulosa ó verdadera historia
Se halla que otras fiestas hayan sido,
Ni pueden ser mas dignas de memoria.
Desde allí, y no sé cómo, fui traído
Adonde vi al gran DUQUE DE PASTRANA
Mil parabienes dar de bien venido;
Y que la fama en la verdad ufana
Contaba que agradó con su presencia,
Y con su cortesia sobrehumana:
Que fué nuevo Alejandro en la excelencia
Del dar, que satisfizo á todo cuanto
Puede mostrar real magnificencia;
Colmo de admiracion, lleno de espanto,
Entré en Madrid en traje de romero,
Que es granjeria el parecer ser santo.
Y desde lejos me quitó el sombrero
El famoso ACEVEDO, y dijo: — A Dio,
Voi sialte il ben venuto, cavaliero;
So parlar zenoese, e tusco anch'io.—
Y respondi: — La vostra signoria
Sia la ben trovata, padron mio.—
Topé á LUIS VELEZ, lustre y alegría,
Y discrecion del trato cortesano,
Y abracéle en la calle á mediodia.
El pecho, el alma, el corazon, la mano
Dí á PEDRO DE MORALES, y un abrazo,
Y alegre recibí á JUSTINIANO.
Al volver de una esquina sentí un brazo
Que el cuello me ceñía, miré cuyo,
Y mas que gusto me causó embarazo,
Por ser uno de aquellos (no rehuyo
Decirlo) que al contrario se pasaron,
Llevados del cobarde intento suyo.
Otros dos al del Layo se llegaron,
Y con la risa falsa del conejo,
Y con muchas zalemas me hablaron.
Yo socarrón, yo poeton ya viejo
Volviles á lo tierno las saludes,
Sin mostrar mal talante ó sobrecejo.
No dudes, ó lector caro, no dudes,
Sino que suele el disimulo á veces
Servir de aumento á las demas virtudes.
Dinoslo tú, David, que aunque pareces
Loco en poder de Aquis, de tu cordura
Fingiéndote el loco, la grandeza ofreces.
Dejélos esperando coyuntura
Y ocasion mas secreta para dalles
Vejámen de su miedo, ó su locura.
Si encontraba poetas por las calles,

Me ponía á pensar, si eran de aquellos
Huidos, y pasaba sin hablalles.
Poníanseme yertos los cabellos
De temor no encontrase algun poeta,
De tantos que no pude conocellos,
Que con puñal buído, ó con secreta
Almarada me hiciese un agujero
Que fuese al corazón por via reta,
Aunque no este el premio que yo espero
De la fama, que á tantos he adquirido
Con alma grata y corazón sincero.
Un cierto mancebito cuellierguido,
En profesion poeta, y en el traje
A mil leguas por godó conocido,
Lleno de presuncion y de coraje
Me dijo: —Bien sé yo, señor Cervántes,
Que puedo ser poeta, aunque soy paje
Cargastes de poetas ignorantes,

Y dejáste me á mí, que ver deseo
Del Parnaso las fuentes elegantes.
Que caducais sin duda alguna creo:
Creo, no digo bien: mejor diría
Que toco esta verdad, y que la veo.—
Otro, que al parecer, de argentería,
De nácar, de cristal, de perlas y oro
Sus infinitos versos componía,
Me dijo bravo, cual corrido toro:
—No sé yo para qué nadie me puso
En lista con tan bárbaro decoro.
—Así el discreto Apolo lo dispuso,
A los dos respondí, y en este hecho
De ignorancia ó malicia no me acuso.—
Fuime con esto, y lleno de despecho
Busqué mi antigua y lóbrega posada,
Y arrojéme molido sobre el lecho;
Que cansa cuando es larga una jornada.

ADJUNTA AL PARNASO.

ALGUNOS días estuve reparándome de tan largo viaje, al cabo de los cuales salí á ver y á ser visto, y á recibir parabienes de mis amigos, y malas vistas de mis enemigos; que puesto que pienso que no tengo ninguno, todavía no me aseguro de la comun suerte. Sucedió pues que saliendo una mañana del monesterio de Atocha, se llegó á mí un mancebo al parecer de veinte y cuatro años, poco mas ó ménos, todo limpio, todo aseado y todo crujiendo gorgoranes, pero con un cuello tan grande y tan almidonado, que creí que para llevarle fueran menester los hombros de un Atlante. Hijos deste cuello eran dos puños chatos, que comenzando de las muñecas, subían y trepaban por las canillas del brazo arriba, que parecia que iban á dar asalto á las barbas. No he visto yo hiedra tan codiciosa de subir desde el pié de la muralla donde se arrima, hasta las almenas, como el ahinco que llevaban estos puños á ir á darse de puñadas con los codos. Finalmente, la exorbitancia del cuello y puños era tal, que en el cuello se escondía y sepultaba el rostro, y en los puños los brazos. Digo pues que el tal mancebo se llegó á mí, y con voz grave y reposada me dijo: ¿Es por ventura vuestra merced el señor Miguel de Cervántes Saavedra, el que há pocos días que vino del Parnaso? A esta pregunta creo sin duda que perdí la color del rostro, porque en un instante imaginé y dije entre mí: ¿Si es este alguno de los poetas que puse, ó dejé de poner en mi *Viaje*, y viene ahora á darme el pago que él se imagina se me debe? Pero sacando fuerzas de flaqueza, le respondí: Yo, señor, soy el mismo que vuestra merced dice: ¿qué es lo que se me manda? Él luego en oyendo esto, abrió los brazos, y me los echó al cuello, y sin duda me besara en la frente, si la grandeza del cuello no lo impidiera, y díjome: Vuestra merced, señor Cervántes, me tenga por su servidor y por su amigo, porque há muchos días que le soy muy aficionado, así por sus obras como por la fama de su apacible condicion. Oyendo lo cual respiré, y los espíritus que andaban alborotados, se sosegaron; y abrazándole yo también con recato de no ajarle el cuello, le dije: Yo no conozco á vuestra merced si no es para servirle; pero por las muestras bien se me trasluce que vuestra merced es muy discreto y muy principal: ca-

lidades que obligan á tener en veneracion á la persona que las tiene. Con estas pasamos otras corteses razones, y anduvieron por alto los ofrecimientos, y de lance en lance, me dijo: Vuestra merced sabrá, señor Cervántes, que yo por la gracia de Apolo soy poeta, ó á lo ménos deseo serlo, y mi nombre es Pancracio de Roncesvalles. *Miguel*. Nunca tal creyera, si vuestra merced no me lo hubiera dicho por su mesma boca. *Pancracio*. ¿Pues por qué no lo creyera vuestra merced? *Mig*. Porque los poetas por maravilla andan tan atildados como vuestra merced, y es la causa, que como son de ingenio tan altaneros y remontados, ántes atienden á las cosas del espíritu, que á las del cuerpo. Yo, señor, dijo él, soy mozo, soy rico y soy enamorado: partes que deshacen en mí la flojedad que infunde la poesia. Por la mocedad tengo brio; con la riqueza, con que mostrarle; y con el amor, con que no parecer descuidado. Las tres partes del camino, le dije yo, se tiene vuestra merced andadas para llegar á ser buen poeta. *Panc*. ¿Cuáles son? *Mig*. La de la riqueza y la del amor. Porque los partos de los ingenios de la persona rica y enamorada son asombros de la avaricia, y estímulos de la liberalidad, y en el poeta pobre la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento. Pero dígame vuestra merced, por su vida: ¿de qué suerte de menestra poética gasta ó gusta mas? A lo que respondió: No entiendo eso de menestra poética. *Mig*. Quiero decir, que á qué género de poesia es vuestra merced mas inclinado, al lírico, al heróico, ó al cómico. A todos estilos me amaño, respondió él; pero en el que mas me ocupo es en el cómico. *Mig*. Desá manera habrá vuestra merced compuesto algunas comedias. *Panc*. Muchas, pero solo una se ha representado. *Mig*. ¿Pareció bien? *Panc*. Al vulgo no. *Mig*. ¿Y á los discretos? *Panc*. Tampoco. *Mig*. ¿La causa? *Panc*. La causa fué, que la achacaron que era larga en los razonamientos, no muy pura en los versos, y desmayada en la invencion. Tachas son estas, respondí yo, que pudieran hacer parecer malas las del mesmo Plauto. Y mas, dijo él, que no pudieron juzgalla, porque no la dejaron acabar segun la gritaron. Con todo esto, la echó el autor para otro día; pero por-

fiar que porfiar: cinco personas vinieron apénas. Créame vuestra merced, dije yo, que las comedias tienen dias, como algunas mujeres hermosas; y que esto de acertarlas bien, va tanto en la ventura, como en el ingenio: cemedía he visto yo apedreada en Madrid, que la han laureado en Toledo: y no por esta primer desgracia deje vuestra merced de proseguir en componerlas; que podrá ser que cuando ménos lo piense, acierte con alguna que le dé crédito y dineros. De los dineros no hago caso, respondió él; mas preciaría la fama, que cuanto hay; porque es cosa de grandísimo gusto, y de no ménos importancia ver salir mucha gente de la comedia, todos contentos, y estar el poeta que la compuso á la puerta del teatro, recibiendo parabienes de todos. Sus descuentos tienen esas alegrías, le dije yo, que tal vez suele ser la comedia tan pésima, que no hay quien alce los ojos á mirar al poeta, ni aun él para cuatro calles del coliseo, ni aun los alzan los que la recitaron, avergonzados y corridos de haberse engañado y escogí-dola por buena. Y vuestra merced, señor Cervántes, dijo él, ¿ha sido aficionado á la carátula? ¿ha compuesto alguna comedia? Sí, dije yo: muchas; y á no ser mías, me parecieran dignas de alabanza, como lo fueron: *Los Tratos de Argel*, *La Numancia*, *La gran Turquesca*, *La Batalla Naval*, *La Jerusalem*, *La Amaranta ó La del Mayo*, *el Bosque amoroso*, *La Única y la Bizarra Arsenda*, y otras muchas de que no me acuerdo; mas la que yo mas estimo, y de la que mas me precio, fué y es, de una llamada *La Confusa*, la cual, con paz sea dicho de cuantas comedias de capa y espada hasta hoy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores. *Panc*. ¿Y agora tiene vuestra merced algunas? *Mig*. Seis tengo con otros seis entremeses. *Panc*. ¿Pues por qué no se representan? *Mig*. Porque ni los autores me buscan, ni yo les voy á buscar á ellos. *Panc*. No deben de saber que vuestra merced las tiene. *Mig*. Si saben, pero como tienen sus poetas paniaguados, y les va bien con ellos, no buscan pan de trastrigo; pero yo pienso darlas á la estampa, para que se vea de espacio lo que pasa apriesa, y se disimula, ó no se entiendo cuando las representan; y las comedias tienen sus sazones y tiempos, como los cantares. Aquí llegá-bamos con nuestra plática, cuando Pancracio puso la mano en el seno, y sacó dél una carta con su cubierta, y besándola, me la puso en la mano: lei el sobrescrito, y vi que decia desta manera:

«A Miguel de Cervántes Saavedra, en la calle de las «Huertas, frontero de las casas donde solia vivir el príncipe de Marruecos, en Madrid.» Al porte: medio real, digo diez y siete maravedís.

Escandalizóme el porte, y de la declaracion del medio real, digo diez y siete. Y volviéndosela le dije: Estando yo en Valladolid llevaron una carta á mi casa para mí, con un real de porte: recibíla y pagó el porté una sobrina mia, que nunca ella le pagara; pero díome por disculpa, que muchas veces me habia oido decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico, y en el porte de las cartas, ora sean de amigos, ó de enemigos, que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se puede tomar algun indicio de sus pensamientos. Diéronmela, y venía en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal del *Don Quijote*; y de lo que me pesó fué

del real, y propuse desde entónces de no tomar carta con porte: así que, si vuestra merced le quiere llevar desta, bien se la puede volver, que yo sé que no me puede importar tanto como el medio real que se me pide. Rióse muy de gana el señor Roncesvalles, y díjome: Aunque soy poeta, no soy tan misero que me aficionen diez y siete maravedís. Advierta vuestra merced, señor Cervántes, que esta carta por lo ménos es del mesmo Apolo: él la escribió no há veinte dias en el Parnaso, y me la dió para que á vuestra merced la diese: vuestra merced la lea, que yo sé que le ha de dar gusto. Haré lo que vuestra merced me manda, respondí yo; pero quiero que ántes de leerla, vuestra merced me le haga de decirme, cómo, cuándo, y á qué fué al Parnaso. Y él respondió: Cómo fuí, fué por mar, y en una fragata que yo y otros diez poetas fletamos en Barcelona; cuándo fuí, fué seis dias despues de la batalla que se dió entre los buenos y los malos poetas; á qué fuí, fué á hallarme en ella, por obligarme á ello la profesion mia. A buen seguro, dije yo, que fueron vuestras mercedes bien recibidos del señor Apolo. *Panc*. Sí fuimos, aunque le hallamos muy ocupado á él, y á las señoras Piérides, arando y sembrando de sal todo aquel término del campo donde se dió la batalla. Preguntéle para qué se hacia aquello, y respondióme, que así como de los dientes de la serpiente de Cadmo habian nacido hombres armados, y de cada cabeza cortada de la hidra que mató Hércules habian renacido otras siete, y de las gotas de la sangre de la cabeza de Medusa se habia llenado de serpientes toda la Libia; de la mesma manera de la sangre podrida de los malos poetas que en aquel sitio habian sido muertos, comenzaban á nacer del tamaño de ratones otros poetillas rateros, que llevaban camino de henchir toda la tierra de aquella mala simiente, y que por esto se araba aquel lugar, y se sembraba de sal, como si fuera casa de traidores. En oyendo esto, abrí luego la carta, y vi que decia:

APOLO DELFICO

Á MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

SALUD.

El señor Pancracio de Roncesvalles, llevador desta, dirá á vuestra merced, señor Miguel de Cervántes, en qué me halló ocupado el dia que llegó á verme con sus amigos. Y yo digo, que estoy muy quejoso de la descor-tesia que conmigo se usó en partirse vuestra merced deste monte sin despedirse de mí, ni de mis hijas, sabiendo cuánto le soy aficionado, y las Musas por el consiguiente; pero si se me da por disculpa que le llevó el deseo de ver á su Mecénas el gran conde de Lemos, en las fiestas famosas de Nápoles, yo la acepto, y le perdono.

Despues que vuestra merced partió deste lugar, me han sucedido muchas desgracias, y me he visto en grandes aprietos, especialmente por consumir y acabar los poetas que iban naciendo de la sangre de los malos que aquí murieron, aunque ya, gracias al cielo y á mi industria, este daño está remediado.

No sé si del ruido de la batalla, ó del vapor que arrojó de sí la tierra, empapada en la sangre de los contrarios, me han dado unos vaguidos de cabeza, que verdaderamente me tienen como tonto, y no acierto á escribir cosa que sea de gusto ni de provecho: así, si vuestra